

"SMITH, UNA ESTRELLA EMERGENTE Y CARISMÁTICA, EXPLICA
CON PASIÓN LOS GRANDES RETOS QUE EL MUNDO DEBE AFRONTAR."

JARED DIAMOND, AUTOR DE ARMAS, GÉRMENES Y ACERO

EL MUNDO EN 2050



LAS CUATRO FUERZAS QUE
DETERMINARÁN EL FUTURO
DE LA CIVILIZACIÓN.

LAURENCE C. SMITH

El mundo en 2050

Laurence C. Smith

Traducción de
Juan Pedro Campos, por la traducción

DEBATE

www.megustaleer.com

*Para mi brillante y hermosa Abbie,
que es parte de esta historia*





Prólogo

En vuelo hacia Fort McMurray

Apretaba la cara contra el cristal de una ventanilla de atrás de un Boeing 747. Era un vuelo directo de Edmonton a una nueva y floreciente ciudad petrolífera, Fort McMurray, en Alberta, en la ancha franja de bosques boreales que circunda el planeta a través de Alaska, Canadá, Escandinavia y Rusia. Abajo, el panorama iba mutando: el hormigón urbano se convertía en amarillos campos de colza, y estos, poco a poco, en una densa, mullida alfombra de bosques perennes en los que se engastaban turberas. El bosque estaba cruzado por carreteras aquí y allá y salpicado de claros; pero a cada minuto que pasaba la soledad era mayor. En menos de una hora, la transformación, de metrópoli urbana en campo cultivado, de campo cultivado en naturaleza salvaje, era completa.

De pronto, el bosque se esfumó. En su lugar aparecieron las espléndidas casas de la más nueva de las zonas residenciales de Fort McMurray. Las recién trazadas líneas de referencia de los agrimensores se internaban en el bosque en todas las direcciones. Las excavadoras y las cuadrillas de obreros se atareaban en firmes de carretera y parcelas en construcción. Estaban imprimiendo en el paisaje una especie de plan maestro para los cientos de casas que se iban a

edificar. No es de extrañar. El precio medio de una casa en Fort McMurray había subido hasta los 442.000 dólares, cien mil y pico más que en la ciudad donde vivo, Los Ángeles.¹ La brusca transformación que estaba sucediendo bajo mi ventanilla era solo una de las muchas que vería en los quince meses siguientes.

No era mi primer viaje al Norte. Llevaba ya catorce años investigando lugares fríos y remotos. Primero fue para una tesis doctoral sobre el río Iskut, torrente pedregoso que se abre paso por un remoto rincón de la Columbia Británica. Algo había en la crudeza del paraje, en la sensación de peligro y frontera, que me enganchó con fuerza. Ver las huellas recientes de un oso pardo, marcadas solo unos minutos antes de que yo dejase las mías, me resultó escalofriante.

Terminé mis estudios de doctorado, me convertí en profesor de geografía de la UCLA (la Universidad de California en Los Ángeles) y emprendí una larga serie de proyectos de investigación en Alaska, Canadá, Islandia y Rusia.

Me había especializado en las consecuencias geofísicas del cambio climático. Sobre el terreno medía caudales, estudiaba la topografía del borde de los glaciares, tomaba muestras del suelo, entre otras cosas. De vuelta a Los Ángeles seguía investigando en mi despacho; extraía números de los datos obtenidos por los satélites como si fueran pequeños pólipos digitales. Pero todo ello cambiaría en 2006. El vuelo a Fort McMurray fue el principio de mi empeño por conocer más a fondo otros fenómenos que se están desarrollando ahora mismo en el cuarto norte de nuestro planeta, por saber cómo encajan con fuerzas globales aún ma-

yores que reverberan por el mundo entendido como un todo.

Gracias a mis investigaciones científicas sabía que en el Norte había empezado un calentamiento climático amplificado, pero ¿qué consecuencias podría tener para las gentes y los ecosistemas de la región? ¿Cómo afectará a sus tendencias políticas y demográficas hoy en marcha, o a los vastos depósitos de combustible fósil que se cree que existen bajo el fondo de sus mares? ¿Cómo lo transformarán fuerzas aún mayores que se van intensificando alrededor del mundo? Y si, como indican muchos modelos climáticos, nuestro planeta se convierte en un planeta de mortíferas olas de calor, lluvias escasas y tierras de labor reseca, ¿sería posible que surgiesen nuevas sociedades humanas en lugares donde hoy no resulta apetecible asentarse? ¿Verá el siglo XXI el declive del sudoeste de Estados Unidos y del Mediterráneo europeo, y el ascenso del norte de Estados Unidos, Canadá, Escandinavia y Rusia? Cuanto más miraba, más iba viendo que esa región geográfica septentrional va a tener una gran importancia en el futuro de todos.

Estaba a punto de quemar casi dos años de mi vida yendo a sitios de los que habrá oído hablar —Toronto, Helsinki, Cedar Rapids— y algunos que seguramente no le sonarán: High Level, Tromsø y las islas Belcher. Estaba a punto de volar en helicópteros y aviones, de alquilar coches, de viajar en autocares y trenes, de vivir en un barco. Mi objetivo era ver con mis propios ojos qué pasaba en esos lugares y preguntar, a científicos, a dueños de negocios, a políticos, a vecinos comunes que viven y trabajan allí, qué veían ellos y adónde creían que se encaminaban las cosas. Tras estudiar-

lo durante años estaba a punto de descubrir el Norte y la importancia que, en un sentido más amplio, tendrá para nuestro futuro.

1

El peludo trofeo de Martell

Predecir es muy difícil. Sobre todo el futuro.

Niels Bohr (1885-1962)

El futuro está aquí, solo que todavía mal repartido.

William Gibson (1948-)

Jim Martell, un empresario de Glenns Ferry, Idaho, de sesenta y cinco años de edad, disparó un frío día de abril de 2006 a un extraño animal y lo mató. Acompañado por el guía Roger Kuptana, corrió, el rifle bien seguro en sus manos, a donde yacía desplomado sobre la nieve. Vestían gruesas parkas para protegerse del viento gélido. Estaban en la isla de Banks, bien arriba en el Ártico canadiense, a 4.000 kilómetros de la frontera de Estados Unidos.

Martell era un ávido practicante de la caza mayor; había pagado 45.000 dólares por el derecho de cobrarse un *Ursus maritimus*, un oso polar. Pocos trofeos más preciados había en su deporte. Kuptana era un rastreador y guía inuit; vivía en un pueblo cercano, Sachs Harbor. La caza de osos polares es legal en Canadá, si bien está regulada estrictamente; la carísima licencia y las tarifas que cobran los guías proporcionan buenos ingresos a Sachs Harbor y a otras poblaciones inuit. Martell tenía permiso para abatir un oso po-

lar, solo uno. Pero lo que yacía sangrando en la nieve no era un oso polar.

A primera vista se parecía mucho a un oso polar, pequeño, eso sí. Medía algo más de dos metros de largo; estaba cubierto por un pelo de un blanco cremoso. Sin embargo, el lomo, las zarpas y el morro tenían manchas pardas. Le rodeaban los ojos cercos negros, como los de los pandas. La cara estaba aplanada y el lomo arqueado, con joroba; las garras eran largas. Tenía muchas de las características del *Ursus arctos horribilis*, el oso pardo «entrecano» de Norteamérica, el grizzly.

El oso de Martell produjo sensación en todo el mundo. Funcionarios canadienses de protección de la vida salvaje recogieron el cuerpo y remitieron muestras de ADN a un laboratorio de genética para saber qué era. Las pruebas confirmaron que se trataba de un cruce de grizzly y osa polar.¹ Era la primera copulación en condiciones naturales entre osos pardos y polares de que hubiese constancia. En las noticias se habló de la aparición de un «híbrido peludo»² y la blogosfera hirvió con manifestaciones de asombro y nombres propuestos —¿pizzly?, ¿grizzlar?, ¿oso grolar?—, o de indignación por que se hubiese matado de un tiro al único espécimen conocido. La página web «salvad al pizzly» vendía camisetas, tazas de café y muñecos de trapo. Martell recibió críticas airadas; replicó que si no hubiese tenido tan buena puntería el mundo no se habría enterado de que existía tal ser, se llamara como se llamara.

Para que ese singular encuentro amoroso hubiera podido siquiera ocurrir, un oso pardo tuvo que vagar muy al norte, hasta internarse en el territorio de los osos polares, un fe-

nómeno hasta entonces raro que ahora los biólogos van viendo más a menudo. Los periodistas corrieron a establecer una relación con el cambio climático: ¿no sería, se preguntaban, un anticipo de la respuesta de la naturaleza al cambio climático? Pero científicos como Ian Stirling, destacado biólogo especializado en los osos polares, tenían razones justificadas para resistirse a sacar grandes conclusiones de lo que, al fin y al cabo, era un hecho aislado. Eso cambió en 2010, cuando se mató a un segundo espécimen. Las pruebas confirmaron que descendía de una madre híbrida; en otras palabras, *se están reproduciendo*.³ Las décadas venideras dirán si el oso de Martell, ahora disecado y enseñando los dientes en la sala de estar de su cazador, es precisamente el último indicador biológico, entre otros muchos, de que algo importante le está pasando a nuestro planeta.

Si disfruta contemplando la vida salvaje por sus alrededores quizá haya notado algo. Por todo el mundo hay animales, plantas, peces e insectos que se van desplazando a latitudes y elevaciones mayores. Se trate de los cercopoideos de California o de las mariposas de España y los árboles de Nueva Zelanda, hay una pauta general que los biólogos han descubierto. En 2003, un inventario mundial de este fenómeno estableció que plantas y animales están desplazando las zonas en que viven en una media por decenio de seis kilómetros hacia el norte y de seis metros hacia mayores elevaciones. A lo largo de los últimos treinta años, los ciclos fenológicos —el ritmo anual del florecimiento de las flores, las migraciones de los pájaros, el nacimiento de las

crías, etc.— se han ido adelantando en primavera más de cuatro días por decenio.⁴

Quizá estos números no le parezcan grandes, pero deberían parecérselo. Imagínese que su césped se fuera apartando de su casa con rumbo norte a una velocidad de 1,67 metros al día. O que su cumpleaños llegase diez horas antes cada año. A esa velocidad se están produciendo los desplazamientos biológicos. Las formas de vida están migrando, y justo al otro lado de su ventana.

La historia del pizzly de 2006 —como la temporada de huracanes del Atlántico de 2005, que batió todos los récords, o los extraños patrones meteorológicos que ahogaron en lluvia los Juegos Olímpicos de Invierno en Vancouver mientras enterraban en nieve la Costa Este de Estados Unidos en el «Apocalipsis níveo» de 2010—⁵ no es sino un ejemplo entre otros de algo que quizá se deba al cambio climático o quizá no. Sucesos así llaman la atención en las noticias, pero, tomados por separado, no sirven para concluir nada. Por el contrario, los laboriosos análisis de decenas de años de investigaciones de campo sobre los cerco-poideos y los árboles no causan revuelo en las noticias del día, pero a mí sí me impresionan. Se trata de un descubrimiento convincente y de la mayor importancia, que aporta verdadero conocimiento acerca del futuro. Es una megatendencia, y de megatendencias es de lo que trata este libro.

EL EXPERIMENTO MENTAL